

meros poetas; este pueblo que dió al imperio romano sus genios más claros y á las irrupciones bárbaras los rudimentos de la moderna cultura; este pueblo que mantuvo la ciencia de la naturaleza cuando todas las naciones se entregaban al escolasticismo y á la magia; este pueblo que salvó á Europa con su esfuerzo indomable de la conquista africana y dió al planeta el desconocido Nuevo Mundo; este pueblo que en las aguas de Lepanto hundió la media luna de los tristes osmanlís y en las humeantes ruínas de Zaragoza y de Gerona la conquista napoleónica, que pugnaba por suprimir todas las nacionalidades europeas; este pueblo ha llevado al contingente de la cultura general tantos tributos de ideas luminosísimas y de hechos heroicos, que bien puede competir en grandeza con los primeros pueblos de la tierra y aspirar á una de las más gloriosas menciones en los anales de la historia.

(De su obra titulada *Un viaje á París*, cap. XVIII, página 209.)



L

JAMÁS se cansa el ánimo de admirar vuestra gloriosa historia. Verdaderamente, cuando se atraviesan las aguas del majestuoso río que ha dado su nombre antiguo y dará su futuro nombre á todo el pueblo ibero; y á través de las enramadas se ven á lo lejos los monumentos que ilustran y embellecen á la mayor moralmente de las ciudades modernas, á la inmortal Zaragoza; y se entra en estas montañas, de cuyos riscos fluye el río Aragón, donde templaban su sed nuestros padres, los primeros cruzados de la libertad y de la patria, reclusos en veinte leguas hace mil años para extenderse al poco tiempo en una carrera de victorias inmarcesibles desde Barcelona á Valencia,

desde Valencia á Mallorca, desde Mallorca á Cerdeña, desde Cerdeña á Sicilia, desde Sicilia á Nápoles, desde Nápoles á Atenas, desde Atenas á las puertas mismas del Asia, el corazón se dilata y entre tantas grandezas los ojos del alma ven la nación construída, no por pactos arbitrarios é inútiles, por la comunicación entre las pasadas generaciones y las presentes, con huesos de nuestros mártires, con sacrificios de nuestras ciudades, con holocaustos como vuestras grandezas, en guerras que han llevado la sangre de nuestros progenitores al centro mismo de la tierra y han hecho de esta España, nuestra santa madre, por cuya integridad, por cuya unidad, por cuya perenidad sagrada, eterna, indisoluble, darán ahora y siempre todas las generaciones su existencia, si preciso fuera, y la existencia de sus hijos; que así como no hay árbol sin raíces, no hay vida sin patria.

(De un discurso pronunciado en Huesca el día 7 de Agosto de 1881.)



LI

AUNQUE no tuviéramos otra razón de ser, tendríamos la razón de nuestro patriotismo.

¡Cuántos sentimientos en la vida! ¡Cuántas cosas en ella que no dependen ni de nuestra libertad ni de nuestro albedrío! ¡Cuántas desgracias, sí, pero también cuántos favores para los cuales no hemos hecho ningún merecimiento! Muchas veces al oír nuestras canciones populares á la luz de las estrellas en el estío, ó leer el Romancero al amor de la lumbre en las largas veladas del invierno; al ver los cuadros de nuestros grandes artistas ó las cúspides sublimes de nuestras majestuosas catedrales; al recordar los hechos históricos, cuya grandeza no cabe ni